

FR. GERUNDIO.

EL CASTILLO

DE LAS SIMPATIAS.

Mira, mira á ver, Tirabeque, qué es esō que dicen los periódicos de los rumores que parece que andan por París; léelo, y dime si es algo que merezca la pena, que yo no tengo ahora gana de leer rumores.—Señor, no están malos los rumores..... ; *Napoleon ha resucitado!*—¡Hombre! ¿Tú que dices?—No se ria vd., señor, que así

dicen los papeles de acá que lo dicen los papeles de allá; y dicen que ha estado en Paris, y que le fue á prender la policía, y se había hielado ya, pero que encontró la cama caliente como encontraba el hermano Rodil la de D. Carlos, que yo no sé, señor, cómo dura tanto el calor que deja esta casta de gentes en la cama, que la mis así que me levanto se enfría en un santí-amen.—Los príncipes perseguidos, Tirabeque, ya sean *nial aconsejados* como D. Carlos, ya sean *resuciados* como Napoleón, dejan siempre mucho calor en la cama y en todas partes, cuyo rastro de calor es al revés del que dejan las liebres por donde van y donde han dormido, que éste sirve para que los galgos las sigan la huella, y aquel suele servir para hacerla perder. Y prosigue, prosigue, que las noticias van siendo de bulto.

Señor, dicen también que estubo en la bolsa, y que la hizo bajar veinte y cinco por ciento.—¡Hombre! Mucha baja es.—Y que la noche del día 10 debia estallar una espantosa conspiracion en la ópera, donde estaban casi todos los periodistas, á uno de los cuales que le llaman Mr. *Capitolito* le han preso, por haberle encontrado correspondencia con Napoleón. Y dicen también que el duque de Burdeos ha desembarcado junto á Marsella, y que la puerta de S. Martin se estaba peleando con la policía. Y dice también la Gaceta de Francia que ha parecido ahora la verdadera madre de Salomon, que es la legitimidad.—Es

tás borracho, Pelegrin? ¿Tu sabes los desatinos que has aglomerado en pocas palabras?—Señor, bien podrá ser, pero á mi me parece que he hecho un buen extracto de noticias estrañeras.—Trahe aquí, hombre, trahe aquí esos papeles, que tu parece que quieres volverme loco. Fatalidad es que ni siquiera para leerme los periódicos en un caso de necesidad me has de servir. Vaya que no dejo de tener en tí un colaborador de provecho.

Tomó mi Paternidad las gafas y me puse á leer por mí mismo los periódicos en la parte relativa á los rumores alarmantes de París que me habia llamado la atencion, y que suponía haber tergiversado horrorosamente Tirabeque. Por casualidad fijé la vista en la última parte del extracto de Pelegrin que era el de la mujer de Salomon, y efectivamente ví que decia la *Gaceta de Francia*: «la legitimidad (1) es la verdadera madre del juicio de Salomon.» Ve aquí dije al leer esto, una cosa que no supo Salomon con todo su saber, y cuya frase juraría que habia salido de la dura y desconcertada mollera de mi lego sino la hubiera visto producida por los redactores de la *Gaceta de Francia*, que en tales frases mas parecen tener de lo de Tirabeque que de lo de Salomon.

Hablaban tambien en efecto los periódicos de

(1) Representada segun la *Gaceta* por el duque de Burdeos en Francia y por D. Carlos en España.

París, no de que la puerta de S. Martín se estuviese peleando con la policía, como decía Tirabegno, sino de que en dicha puerta había motín, ó por mejor decir que había habido *rumores* de esto. El redactor en jefe del *Capitolio* Mr. Gerard, había sido arrestado por segunda vez, y corrían también *rumores* de que el duque de Bordeos había desembarcado cerca de Marsella. Pero el *rumor* que mas había alarmado en París, y que había hecho bajar la bolsa, no veinte y cinco por ciento, como decía Pelegrián, sino veinte y cinco céntimos (1), fué el de que el príncipe Luis Napoleón se hallaba en París, y que se había descubierto una conspiración vastísima, de estensas ramificaciones, que debía estallar aquella noche, y de la que corría inminente y grave riesgo el gobierno.

Ven acá, simpote, ven acá; ¿dice aquí que haya resucitado Napoleón? ¿Tenía yo razon en reirme?—Señor, yo leí que Napoleón estaba en París, y como que hace tiempo que ha muerto, creía yo que no podía ser eso sin que hubiese resucitado: y como dicen que se alarmó tanto la jente....—Motivos tenía el gobierno frances para alarmarse, caso que el *rumor* hubiese sido cierto, no creas que no; pues aunque el tal Napoleón no es el emperador resucitado, es el príncipe Luis Napoleón su

(1) *Penny* de vellón cuyo valor es la centésima parte de un franco, y la quinta de un sueldo.

sobrino, el que se empusó Luis Felipe hace algun tiempo en espalar de la Suiza, porque le infundía temores de que aspirase al trono de la Francia.—Señor, muchos aspirantes á ese trono parece que van saliendo.—No es eso lo peor, Pelegín, sino que ademas de los conspiradores legitimistas, ó sea los partidarios de *la mujer del juicio de Salomon*, como dice la Gaceta de Francia, y de los Napoleonistas, que no son pocos segun el *Times* de Londres, conspiran tambien los republicanos, que acaso son los mas en número, y unos á otros partidos se animan y empujan mutuamente para derrocar el poder reinante, sin perjuicio de sacudirse despues los mismos entre sí hasta ver quién es el mas fuerte. Esto, Tirabeque, no pienses que lo sé yo de oficio, sino que son rumores. Y anda el rumor de que son tan horrorosos los medios que se proponen para la ejecucion de sus planes, que estremece el oírlo.

Señor, aunque no sean mas que rumores, hace mal el hermano Luis Felipe en vivir tan descuidado y sin precaucion alguna, confiado totalmente en las simpatías y en el amor de su pueblo. Yo si fuera que él, tomaria alguna precaucion *por sí mismo*, porque en la confianza está el peligro.—No creas que vive tan confiado como tu piensas, porque has de saber que ya antes de estos rumores habia tomado algunas medidas de seguridad personal. Por de contado el palacio de las Tullerias le tiene circunvalado de tres fuertes líneas de de-

fensa, y además el río que cierra por un lado aquel espacioso polígono, y á mayor abundamiento los puentes, que colocados sobre las Tullerías y el Louvre forman desfiladeros de difícil acceso.— Señor, no es malo eso, pero paréceme todavía poco, porque aunque el hermano Luis tiene muchas *simpatías* en el pueblo, puede haber un mal intencionado, que de menos nos hizo Dios, y á un rey por bueno que sea nunca le falta algun enemigo: y así tengo para mí que son pocas esas precauciones.

Es que has de contar con la gran guardia de compañías de preferencia, y con los dos gobiernos militares que residen en el Louvre y en las Tullerías, que de tal manera se dan la mano, que en un momento pueden organizar un buen sistema de defensa.— Señor, no me disgusta eso, pero me parece poco todavía. Yo pienso que debia tener mas vigilantes, pues aunque conozco que la mejor vigilancia de un rey son las *simpatías* de los súbditos, nunca falta un mal intencionado, y las precauciones nunca están demas.— No pienses que se duerme sobre las pajas, no; porque has de saber que de dia vigilan varias policías secretas, que se observan unas á otras, y atraviesan frecuentemente las líneas de defensa. Cada uno de estos esbirros es relevado de su puesto por medio de una señal muy disimulada, y todos ellos llevan debajo del vestido una pistola y un puñal.— Señor, no me disgusta la medida esa, pero yo pienso que aque-

Ha jente no ha de entender bien el oficio; y así si fuera que él, enviaría á llamar á nuestro *Chico* y su comitiva, que estoy en que lo entiende mejor; y si Luis Felipe le pagaba algo mas que el gobierno de acá, no dudo yo que *Chico* rectoría el partido, porque como dijo el otro, él ¿á qué ha estado siempre, señor? Y crea vd. que le podría convenir mucho á Luis Felipe, pues aunque los mejores *Chicos* son las *simpatías* y el amor de los subditos, nunca falta un mal intencionado, y las precauciones nunca sobran.

¿Qué necesita él de *Chico* ni *chica*, hombre, si tiene en palacio un vigía perpetuo, un telégrafo vivo, que todo el día se lleva observando y dando razon de lo que pasa á larga distancia?—Tendrá, si señor, pero eso no servirá mas que para de día: ¿y por la noche? Señor, la noche encubre mucho, y siempre fué capa de malvados. Si fuera yo lo que Luis Felipe, no descansaría sin tomar algunas medidas de seguridad por la noche: que aunque las mejores medidas de seguridad son las *simpatías* y el amor del pueblo, con todo de noche toda precaucion es poca. Y Luis Felipe no debia echarse á dormir á pierna suelta, pues aunque la mejor cama y los colchones mas blandos son las *simpatías* de los subditos, de un mal intencionado nadie esta libre, maxime de noche.—Mira; al aproximarse la noche, en primer lugar se aumenta la guardia con trescientos cincuenta hombres escogidos y de confianza, de los cuales se forma

al instante un piquete que se coloca bajo el pabellon del relox. Luego las rondas y patrullas de todas armas se esparcen por el pretil, por la plaza de Luis XV., por los andenes del Carrousel, y por las avenidas de la calle de S. Honorato. Despues cuenta con los piquetes de los Pirámides y del ministerio de Hacienda; y en fin con cuatro ó cinco mil hombres escalonados en un radio de 400 ó 500 pasos que en tres minutos se pueden reunir y formar una masa respetable.

Señor, todo eso está bien, pero al cabo no sirve mas que para evitar un golpe de mano por la parte de afuera; ¿y si acaso el mal intencionado está dentro? Porque mire vd., señor, por muchas *simpáticas* que tenga un hombre, nunca falta un enemigo, porque de Dios abajo es imposible dar gusto á todos; y así, si yo fuera que Luis Felipe... pero ese Luis Felipe puede ser muy confiadote, señor.—No tanto como á ti te parece, porque además del servicio que hacen interiormente recorriendo las galerías de palacio unos ciento cincuenta criados y dependientes disfrazados y armados, tienes que la misma familia real no está holgando, porque tambien hace un servicio secreto independiente de todos los demas.—¿Y las puertas estarán seguras, señor? Porque por muchas *simpáticas* que hayo.....—Mira, las puertas estan hechas á prueba de petardos; hay subterráneos y minas para un caso de apuro, y además una escalera falsa de caracol que sube desde las bodegas

al tejado atravesando por algunos gabinetes. ¿Crees tú que llegaba á tanto la confianza ilimitada de nuestro amigo el rey de los franceses que no hubiera tomado alguna medida interior para la seguridad de su persona?

Señor, ya veo yo que no está del todo descuidado, pero todo esto sería antes de los rumores del día 10. Ahora debía prevenirse un poco mas. —¿Todavía te parece poco, hombre?—Sí señor, pues aunque las *simpáticas* se conoce que van en aumento, con todo.....—¿Y que mas precauciones te parece á tí que podría tomar, vamos.—Señor, eso no me lo preguntéis á mí, porque soy un lego ignorante, pero parece que una de las cosas que debía haber era tratar de rebajar algo la real panza, que tengo para mí que le abulta demasiado y le habia de servir de estorbo para subir por la escalera de caracol en un caso que algún mal intencionado le buscara el luto.—Calla, hombre, calla; ¿qué mal intencionado ha de haber ni dentro ni fuera del *palacio de las Tullerías*?—Del *castil'o* dirá vd., señor. Y yo no digo que le haya, pero como andan esos *rumores*.....

Luis Felipe, Luis Felipe,
 el de la cóadrupte alianza,
 el de la robusta panza,
 el de *mi calson de tripe*! (1)

(1) Cap. 124.

Como preso en un fortín
vives en las Tullerías;
estas son las *simparras*
de un sistema malaudrin.

Tirirín, tin, tin.
tin tirintin.

JESUCRISTO

EN LA CELDA DE FRAY GERUNDIO.

Señor, señor, aquí está uno que dice que es Jesucristo.—¡Jesus Ave María Purísima! Tu estas loco hoy, muchacho; esta mañana me resucitaste á Napoleon y ahora dices que esta aquí Jesucristo.—En cuerpo y alma, P. Fr. Gerundio, dijo ya cerca de mí una voz algo mas áspera que dulce, y que por el sonido no mostraba tener mucho de divina.—¿Y le has abierto la puerta antes de conocerle? le dije á Tinabeque.—No, respondió el incógnito, le dije quién era, y ha hecho bien en abrirme, porque al que no abre la puerta al peregrino en la tierra, no le abre yo después la del ciclo.

Esto era al anochecer, y yo no veía bien al desconocido. Sin embargo, se me acordó en aquel momento el loco que hace pocos días se presentó en el palacio de Windsor diciendo que era el rey de Inglaterra, y desde luego me fijé en que éste debía ser un Jesucristo por el estilo de aquel rey. No obstante, desoso de ver qué trazas tenía su divina Magestad, le dije á Tirabeque: hombre, trae una luz, que no es regular recibir á oscuras á nuestro Dios y Señor.—Aunque yo no necesito luz, porque soy la luz del mando, accedo á que la traiga, porque no creáis que la aborrezco: ni mis misterios aborrecen la luz como los de vuestro paisano Arrazola, ni yo vengo aquí á celebrar contrata alguna con el gobierno: venga la luz.

No me pareció que se explicaba de lo peor el Salvador incógnito, y mientras Tirabeque encendía le pregunté: ¿cómo que vos habreis sido crucificado?—Si por cierto, me respondió.—¿Y quién os crucificó?—La Junta Diocesana.—Esta respuesta me dió idea de que sería algun clérigo dementado. En efecto, traída que fué la luz, me encontré con un hombre flaco y demacrado, andrajosamente vestido; el verdadero pobre del evangelio: un alzacuello tambien viajo descubriría su carrera y profesion, y la manera de mirar indicaba claramente el desconcierto de aquel cerebro. Luego que Tirabeque vió las trazas del llamado Jesucristo ya se atrevió á decirle: no trae vd. mucho lujo que digamos por el mundo, her-

mano Jesús.—Ademas de que mi reino no es de este mundo, me tratan muy mal, Tirabeque: esos juateros me han muerto de hambre; y lo peor no es que hayan tratado mal mi divina persona, sino que me han despreciado en mi casa. Los hay entre ellos que han comprado casas á cuenta del diezmo, y mi templo ha estado abandonado. Tu que sabes el aceite que consume una sola lámpara al cabo del año; tu que sabes lo que se gasta cada vela durante el sacrificio; tu que visitabas las vinageras y te zampabas las hostias.....—Señor, me decía Tirabeque, me va á mí pareciendo que es Dios de veras, porque sabe las cosas como si las hubiera visto.—Calla, no interrumpas á su divina Magestad.

Tu que ibas, prosiguió, con tu pata coja y con tu fardo de ropa sucia de la iglesia debajo del brazo á buscar la lavandera cada mes; tu que sabes que los monagos y sacristanes almorzaban y comian, y no querian limpiarme ni á mi ni á los santos si no se les pagaba: tu que comprabas las escobas para barrer mi santa casa: tu que sabes que los muchachos apedrean los tejados y rompen tejas, y que si no se reparan, el templo de mi Padre se destruye: tu que me limpiabas las mañanas de los días de fiesta con el rabo del zorro....—Hermano Jesucristo, vd. perdone, pero en eso me parece que se equivoca vd. porque yo no hago memoria de haber limpiado esa cara nunca con el rabo del zorro.—¡Ah miserable pe-

gador! Me desconoces, porque allí me veias clavado en cruz de plata, y aquí me ves con esta levita rota! Te lo perdono, porque conozco que no pecas de voluntad sino de error. Pero digo: ¿te parece que para esa y otras infinitas atenciones que tu sabes, habria bastante con miserables 500 reales que ha dado esa Junta? Mira como me tienen y como tienen mi casa esos junteros, que estoy por confundirlos.

• Pero antes de tomar una resolución tan terrible, he querido bajar del cielo á ponerlo en conocimiento de tu amo Fr. Gerundio mi siervo, á fin de que vea si por medio de su capilla las hace entrar en el sendero de la razón.—Pues siento, señor, lo dije, que para esto hayais descendido del cielo, y hecho un viaje tan largo, pues bastaba que me lo hubiéscis dicho por medio de un comunicado suscrito por algun secretario celestial.—Diga vd. que no, señor Jesucristo, que los comunicados de los secretarios alborotan mucho acá en esta tierra. Uno vino el domingo del secretario del duque de la Victoria, que al cabo no es el secretario de Dios, y ha hecho mas ruido en Madrid que hizo la venida al mundo de nuestro señor Jesucristo....—Servitor de vds. en cuanto hombre, dijo el supuesto Crucificado muy atento.—Y ha faltado poco, profigió Trabeque, para que los patriotas de todas castas andén á mociones por él, y desde que se levantan hasta que se acuestan no hablan de otra cosa, y pienso que

suéñan con él, y creo que han hecho tomar cartas en el negocio hasta á la scñora de Vizcaya.— Muchacho, ¿quién es la señora de Vizcaya?—La Reina, señor: yo hablo con arreglo á fueros: ¿no han proclamado los vizcaínos el dia 10 en la junta que celebraron debajo del arbol de Guernica á la Reina por *señora de Vizcaya* y nada mas?

En primer lugar, Pelegrin, tu no debes nombrar jamas á la Reina sino para acatarla y obedecerla: y en segundo que quien ha sido proclamada señora de Vizcaya con arreglo á fueros (la unidad constitucional, tan buena á Dios gracias; escrita ha quedado como toda la Constitución) ha sido la Reina D^a Isabel II, y á quien se dice que han comprometido á tomar cartas en el negocio del comunicado es á la Augusta Reina Gobernadora; y punto en boca, que á nosotros los *sagrados-profanos* no nos es lícito correr mas los velos de estos profundos misterios que se saben de público.

¿Y qué dice la sabiduria infinita de nuestro señor Jesucristo de estas cosas?—Eros son juicios incomprensibles de mi padre que está en los cielos, respondió el seudo-Salvador, Yo no digo mas, P. Fr. Gerundio, sino que si vd. tuviera la bondad de darme un poco de alimento se lo agradecería infinito, porque de Ciempozu eles acá he venido á pie y no he probado bocado.—Hízome reír la grotesca parodia del *«sitio»* del verdadero Cristo en la cruz, inspirada por una verdadera necesidad

de la naturaleza, y conocí que el pobre demente recobraba uno de aquellos lucidos intervalos que suelen tener los locos no rematados. Mandé á Tirabeque que le tragara unos bizcochos y una copa: dió cuenta de ello el divino señor con tan buena voluntad como el mas famélico mortal de la clase de cesantes. Entramos en seguida en esplicaciones, y de sus palabras unas divinas y otras humanas, es decir, unas concertadas y otras desconcertadas, se dejaba inferir que era un pobre clérigo de la provincia.

Preguntóle Tirabeque: diga vd., hermano crucificado, ¿y vd. no se acuerda cómo fué el convertirse en Jesucristo?—Pienso, respondió, que debió ser de resultas de una temporada en que no comí mas que hostias, porque no tenia otra cosa que comer. ¡Me han tratado muy mal, Tirabeque!—Deje vd., hermano, le repuse yo, que si los clérigos votan en las próximas elecciones con el partido moderado, segun los aconseja Abenamar en su folleto, no necesitan mas para hacerse ricos otra vez. Porque el partido moderado favorecerá el espíritu religioso.—¡El espíritu religioso! contestó: por espíritu de religion corta Abd-El-Kader las cabezas de cuantos cristianos roge, y por espíritu de religion degüella Cabrera cuantos enemigos encuentra. ¡Y quién se dirige al cielo! Abenamar. ¡Un moro! ¿Qué querrá el moro? Votos para su partido. ¡Ah! Cuando acababan de mandar los exaltados, empecé yo á

comer hostias, y mientras han mandado los moderados me he vuelto Jesucristo á fuerza de hambre.

Señor, me decía Tirabeque; pareceme que no tiene un pelo de tonto el loco este.—Luego que se sintio refocilado el supuesto Jesucristo, se levantó y se despidió muy cortesmente dando las gracias, y ofreciendo que no seria la última visita. Pero Tirabeque le dirigió por despedida la siguiente oracion: «Señor mio Jesucristo, yo no soy digno de que vuestra divina Magestad entre en mi pobre morada, y asi espero que no volvais á ella, porque los vizeochos y copas que os maméis, esos menos le tocan á vuestro humilde siervo Tirabeque.»

Editor Responsable Francisco Sales Fuentes

IMPRESA DE MELLADO.